

Artículo de reflexión

Cómo citar: Delgado Del Aguila, J. M. (2021). Consolidación histórica y sociopolítica del pensamiento latinoamericano en los dos últimos siglos. Entrevista a Gerardo Caetano, primer vicepresidente de la Academia Nacional de Letras de Uruguay. *Polisemia*, 17 (32), 04-16. <http://doi.org/10.26620/uniminuto.polisemia.17.32.2021.04-16>

ISSN: 1900-4648

eISSN: 2590-8189

Editorial: Corporación Universitaria Minuto de Dios - UNIMINUTO

Recibido: 2 de septiembre de 2021

Aceptado: 27 de septiembre de 2021

Publicado: 04 de octubre de 2021

Jesús Miguel Delgado Del Aguila

Consolidación histórica y sociopolítica del pensamiento latinoamericano en los dos últimos siglos. Entrevista a Gerardo Caetano, primer vicepresidente de la Academia Nacional de Letras de Uruguay

Historical and Socio-political Consolidation of Latin American thought in the Last Two Centuries. Interview with Gerardo Caetano, First Vice President of the National Academy of Letters of Uruguay

Consolidação histórica e sócio-política do pensamento latino-americano nos últimos dois séculos. Entrevista com Gerardo Caetano, Primeiro Vice-Presidente da Academia Nacional de Letras do Uruguai

Jesús Miguel Delgado Del Aguila

Investigador Concytec (Perú).
Investigador Conacyt (El Salvador).
Candidato a doctor en Literatura Peruana y Latinoamericana por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Correo electrónico:
tarmangani2088@outlook.com



Resumen

Esta entrevista realizada al primer vicepresidente de la Academia Nacional de Letras de Uruguay, Gerardo Caetano, tiene como propósito debatir sobre la situación política que atraviesa Latinoamérica, a partir de los cuestionamientos que se han hecho acerca de algunos conceptos fundamentales, como el que se entiende por democracia. Las respuestas que brinda el doctor son esenciales, puesto que efectúa un recuento de la historia de los dos últimos siglos para confrontar el panorama que se aprecia en las coyunturas nacionales actuales y el rol que ejercen otras instituciones u organismos, como la prensa.

Palabras clave: América Latina, Academia Nacional de Letras de Uruguay, política, democracia, lenguaje

Abstract

This interview with the first vice president of the National Academy of Letters of Uruguay, Gerardo Caetano, aims to discuss the political situation in Latin America, based on the questions that have been made about some fundamental concepts, such as the one that is understood by democracy. The answers provided by the doctor are essential, since he recounts the history of the last two centuries to confront the panorama that can be seen in current national situations and the role played by other institutions or organizations, such as the press.

Keywords: Latin America, National Academy of Letters of Uruguay, politics, democracy, language

Resumo

Esta entrevista com o primeiro vice-presidente da Academia Nacional de Letras do Uruguai, Gerardo Caetano, tem como objetivo discutir a situação política na América Latina, a partir das indagações que foram feitas sobre alguns conceitos fundamentais, como o que é compreendida pela democracia. As respostas do médico são essenciais, já que ele conta a história dos últimos dois séculos para confrontar o panorama que se dá nas situações nacionais atuais e o papel desempenhado por outras instituições ou organismos, como a imprensa.

Palavras-chave: América Latina, Academia Nacional de Letras do Uruguai, política, democracia, linguagem



Gerardo Caetano¹ nació el 30 de abril de 1945 en Montevideo (Uruguay). Es miembro de número de la Academia Nacional de Letras de Uruguay desde el 2007. Ingresó con la exposición de su discurso titulado “Reflexiones sobre los vínculos entre el pasado y el futuro”. Diez años después, asumiría el cargo de primer vicepresidente. Es presidente del Centro Unesco de Montevideo desde 2003. Es académico correspondiente de la Academia de la Historia en Argentina y de la Real Academia Española. Ha sido presidente del Consejo Superior de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO (2012-2020) e integrante del Comité Directivo del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales de CLACSO (2009-2015). También, fue el primer presidente de la Asociación Uruguaya de Historiadores. Fue representante alterno por la subregión Argentina-Uruguay en el Consejo Directivo de CLACSO. Fue director del Instituto de Ciencia Política entre 2000 y 2005. Asimismo, es integrante del Comité de Selección del Sistema Nacional de Investigadores (SNI) de Uruguay, que le ha concedido la calificación de investigador en el nivel III. Alcanzó el grado de doctor en Historia por la Universidad Nacional de La Plata (Argentina) en el 2008. Es historiador, politólogo, investigador y docente grado 5 en la Universidad de la República (Udelar). Ha impartido cursos de grado y posgrado en su país y en el extranjero y ha sido docente visitante en universidades americanas y europeas, y se ha desempeñado como coordinador académico y coautor de diversas publicaciones. Sus investigaciones se han enfocado al vínculo de la historia con la política de su país; por ejemplo, la historia contemporánea de América Latina y Uruguay, la democracia, la ciudadanía, los regionalismos y la integración. Entre sus publicaciones, se encuentran los siguientes textos: *La agonía del reformismo (1916-1925)* (1983), *El asedio conservador (1925-1929)* (1985), *Antología del discurso político en el Uruguay. De la Constitución de 1830 a la Revolución de 1904* (2004), *Democracia y gerencia política. Innovación en valores, instrumentos y prácticas* (2006) y *La crisis mundial y sus impactos políticos en América del Sur* (2010). Muchos de sus escritos han sido elaborados con colaboraciones y coautorías. Algunos de ellos son *Breve historia de la dictadura (1973-1985)* (1987), *El nacimiento del terrismo (1930-1933)* (1989), *La república conservadora (1916-1929)* (1992), *Historia contemporánea del Uruguay. De la Colonia al siglo XXI* (2004), *20 años de democracia. Uruguay 1985-2005. Visiones múltiples* (2005), *Dictaduras y democracias en el Cono Sur (1961-2011)* (2012), *La provocación del futuro. Retos del desarrollo en el Uruguay de hoy* (2014), *Tierras, reglamento y revolución. Reflexiones a doscientos años del reglamento artiguista de 1815* (2015), *Alberto Methol Ferré. Reflexiones sobre geopolítica y la región* (2019), *La causa armenia entre el Ararat y Uruguay. Historia de un reconocimiento* (2020) y *El liberalismo conservador. Genealogías* (2021). Su producción textual le ha hecho merecedor de varios premios académicos nacionales e internacionales.

Asumiendo la trayectoria que ha tenido Gerardo Caetano en abordar e investigar temas sociales y políticos, además de tratarse de un representante de la Academia Nacional de Letras de Uruguay, me propuse en contactarme con él para que resolviera algunas interrogantes que ejemplifican muy bien lo

1 Parte de la breve biografía del doctor Gerardo Caetano se obtuvo de la página web de la Asociación de Academias de la Lengua Española, ASALE (<https://www.asale.org/academicos/gerardo-caetano/>), así como de un currículum que me concedió el autor.



que viene ocurriendo en Latinoamérica desde hace años. Los tópicos como la democracia, los partidos políticos, la libertad de la comunicación, la censura y afines han sido constantes en los dos últimos siglos. Por consiguiente, el enfoque que le brindo a toda esta entrevista busca que el lector reordene sus ideas y entienda los paradigmas que están vigentes en la sociedad. Las preguntas que le planteo fueron resueltas por él con mucha maestría y convicción. Es por eso que considero que terminó siendo valiosa la interacción que tuve con el académico de número en esa oportunidad y que su lectura ayudará a más de uno a comprender el panorama político implícito y explícito que se erige en función de los ciudadanos y sus gobernantes.

A lo largo de los siglos XX y XXI, se ha visto que muchos gobiernos latinoamericanos se han autodenominado “democráticos” por haber alcanzado el poder por elecciones libres; sin embargo, la manipulación que ejercen los medios de comunicación y la imposibilidad de modificar la burocracia de los funcionarios públicos remiten a un sistema político dictatorial, en el que la voz de los ciudadanos no es tomada en cuenta y sus reclamos se asumen como una alteración del orden. En ese sentido, ¿usted considera que el concepto de democracia se ha desarrollado alguna vez con veracidad en la historia de Latinoamérica y, en especial, en Uruguay?

Hoy, en el 2021, nosotros en América Latina carecemos de un consenso de régimen. ¿Qué quiere decir esto? Esto es que nuestros Estados nacionales no pueden acordar una definición común de qué es lo que se considera democracia. Esto forma parte de lo que más de un autor ha denominado la “confusión democrática”, un proceso que se habría iniciado cuando la caída del socialismo real en la década de los noventa y que perduraría entre nosotros. A todo ello, ¿qué significa confusión democrática? Lo explico: la democracia después de la caída de la Unión Soviética y el Muro de Berlín habría perdido enemigos. De alguna manera, nadie quiere reivindicarse como no democrático, pero, por la vía de los hechos, muchos regímenes que se autocalifican como democráticos en realidad no lo son. Desarrollan prácticas autoritarias y antidemocráticas en muchos aspectos. En América Latina, esto es muy claro. Por ejemplo, el 11 de septiembre de 2001 —una fecha nefasta, por cierto—, en el mismo momento en el que se producía el ataque a las Torres Gemelas, se firmaba en Lima la Carta Interamericana sobre democracia. Allí se habría alcanzado un cierto consenso de régimen, porque, de los 34 países de la OEA, lo firmaron todos; incluso, lo firmó quien entonces era el presidente de Venezuela, Hugo Chávez. Cuba no estaba dentro de los países de la OEA, pero todo el resto, incluido Chávez, confirmaron ese texto. Hoy eso sería imposible, ya que tenemos distintos regímenes en América Latina que no podrían acordar una definición común de democracia. Además, contamos con Estados que tienen frente a la democracia distintos problemas —y esto no es un fenómeno propio de nuestro continente—. Por ejemplo, hay muchos Gobiernos que tienen legitimidad de origen. Proceden de elecciones, pero no cuentan con legitimidad de ejercicio. En el acto de gobernar, están permanentemente



violentando principios básicos de cualquier democracia. Hay regímenes que desarrollan prácticas autoritarias y arbitrarias que los descalifican ante la comunidad internacional. Tomemos ejemplos muy concretos, como Venezuela o Nicaragua, aunque también otros países, en donde no solo en términos de los puntos que hacen a la definición procedimental de la democracia, sino a los puntos que hacen a los contenidos económicos y sociales básicos de una democracia, bueno, incumplen muchos de esos aspectos. Hay países, como en el caso de Honduras, que muestran su último índice de desarrollo humano con problemas de una gravedad sustantiva: ilegitimidad de las instituciones públicas, manipulaciones fraudulentas de las elecciones, presencia dominante de poderes fácticos, incumplimientos de las reglas constitucionales, violación a los derechos humanos básicos de los ciudadanos —y podríamos seguir—. Y esta no es una práctica que se reduzca a Honduras, sino que es común a muchos países de la región. Por ello, estamos en un momento de fuerte crisis de la condición democrática de nuestros Gobiernos. Eso no significa que no haya Gobiernos que puedan reivindicar una condición democrática fundamental. Por ejemplo, Uruguay, de acuerdo con los *rankings* internacionales, califica entre las democracias plenas en el mundo. Sin embargo, también nuestro país, Uruguay, tiene problemas. Acaba de salir un índice de participación y presencia de mujeres en instancias de decisión. Se encuentra en posiciones realmente muy bajas en cuanto a un nivel de participación que pueda llamarse legítimo, y calificarse como tal, nada menos que de las mujeres en la vida política del país. Eso quiere decir que el resto democrático —que tradicionalmente siempre fue un gran desafío para América Latina— continúa muy vigente. Uno de los principales retos que tiene América Latina es justamente afirmar democracias, y obviamente que eso implica múltiples tareas. No corren buenos tiempos para ello. Y eso no pasa solamente por lo que ocurre en América Latina. Hoy, de los más o menos doscientos Estados que se reconocen a nivel mundial, noventa son calificados como autoritarios, pero procedieron de instancias electorales. Entonces, este es un problema de nuestro tiempo, donde se pueden encontrar múltiples situaciones de fuertes desafíos a lo que consideramos de manera clásica una democracia. Hoy en el mundo, puede decirse que la democracia en sus distintas versiones está muy desafiada. Y América Latina no es una excepción a ese respecto. Lo que ocurre es que en América Latina es un desafío muy profundo, que hoy está enfrentando procesos que ya pensábamos que eran del pasado: empoderamiento de las Fuerzas Armadas, represión muy fuerte de protestas populares, incluso, convocan a los Ejércitos y les levantan responsabilidad penal, por lo que estamos ante situaciones que bordean el terrorismo de Estado. Tenemos también índices de violencia e inseguridad que son los máximos; sobre todo, en un continente que no tiene guerras interestatales instaladas. Es decir, hay múltiples indicadores que establecen un desafío que ha sido tradicional en América Latina, el continente de los caudillismos, el continente de los golpes de Estado, el continente de los hiperpresidencialismos, el continente del desborde permanente de reglas mínimas de procedimientos democráticos. A todo eso, le sumamos los nuevos retos de la política contemporánea, de modo que efectivamente entre los retos principales que tiene la democracia en América Latina está



enfrentar esta multiplicidad de desafíos. Algunos de ellos provienen de la vieja historia latinoamericana, pero otros que tienen que ver con este nuevo contexto del siglo XXI son muy contundentes.

¿Considera que existe una mala intención deliberada de los organismos públicos y los medios de comunicación de silenciar a quien exige que se cumplan sus derechos?

Hablar de las intenciones, y sobre todo de las que tienen las instituciones colectivas, siempre es problemático. Yo preferiría enfocar la pregunta de otra manera. Más bien, creo que efectivamente hay problemas en América Latina y el mundo para la libre expresión de los ciudadanos. Esos problemas se ven con mayor claridad en fenómenos que se repiten. Por ejemplo, en muchos Estados de nuestra América Latina, los Gobiernos intervienen con deformaciones en sus marcos institucionales para imponer cláusulas —a veces, escritas o tácitas— de cuestionamientos a la libertad de prensa. Tenemos en otros países —como en México, Colombia o los que se encuentran en Centroamérica— un índice de mortalidad de periodistas realmente preocupante. Contamos con poderes fácticos —empezando por el narcotráfico— que establecen limitaciones muy severas para la libre expresión de los ciudadanos. Y, entre los derechos individuales, el derecho a la libertad de expresión, el derecho a reivindicar lo que uno piensa —más allá de que eso guste o no a las autoridades de turno—, es un derecho humano fundamental. Y es un pilar democrático sustantivo. A todo eso, se suman las nuevas pautas que están en plena revolución de las tecnologías de información y comunicación que, en muchos casos, justamente orientan limitaciones muy fuertes para la comunicación. Algunos ejemplos son la manipulación de la información a través de las nuevas llamadas “redes sociales”. Al respecto, yo siempre digo que eso permite la maximización de aquella vieja ideología y pauta de Goebbels, que consiste en que una mentira dicha mil veces se convierte en una verdad. En ese caso, las redes permiten que se repitan n millones de veces versiones mentirosas. Esa es una manera de construir la política a través de relatos arbitrarios, que no se vinculan con los contenidos o los argumentos que puedan ser rebatidos o fundamentados, sino que lo que hacen es propiciar la posverdad, pero también la autoverdad, es decir, hacer relatos que no tengan referencia directa a los contenidos, sino que simplemente construyan muchas veces agravios, tergiversaciones, derivas que claramente lo que buscan es la polarización. Bueno, estas pautas —y podríamos seguir al infinito— expresan efectivamente problemas nuevos sobre la forma de comunicación, y también la existencia de poderes, muchas veces fácticos no institucionales, que manipulan instituciones, situaciones y coyunturas justamente para promover polarizaciones o desinformación. De ese modo, se vuelven a establecer ciertos fenómenos muy clásicos en cuanto a la intervención ilegítima de instituciones públicas en su mayoría, pero también a través de poderes fácticos. Tenemos la reiteración de esos fenómenos tradicionales, pero ahora vemos que a ellos se agregan nuevas prácticas promovidas por las nuevas tecnologías de información y comunicación que no solamente viabilizan las viejas prácticas, sino que promueven otras nuevas que son fuertemente violatorias a la libre expresión y la comunicación que caracterizan a la ciudadanía en un contexto democrático.



¿Qué tan implícitos o explícitos pueden ser los vetos y las censuras en Latinoamérica?

Bueno, esto se refiere bastante a la pregunta anterior. Justamente, hoy estamos en una verdadera revolución de las técnicas de la tecnología de la información y la comunicación que habilitan censuras implícitas, y también explícitas tradicionales. Un ejemplo de censuras implícitas es lo que ocurre en la actualidad en Cuba. Allí hay manifestaciones populares que están expresando una insatisfacción muy fuerte, de franjas muy importantes del pueblo, con la situación y los desempeños del Gobierno. Y la respuesta del Gobierno cubano no solo es la represión clásica a través de sus órganos represivos, formales o informales, sino que en muchas ocasiones es el retiro de internet. Las nuevas movilizaciones populares tienen claves de movilización fuerte en el internet y las redes. Si el Gobierno manipula las redes de internet y cuando es desafiado a través de esas vías las bloquea, esta situación impide no solo la comunicación entre los ciudadanos, sino que impide también la información fidedigna de lo que está ocurriendo en el mundo. Eso es una forma explícita, pero también que genera formas implícitas de censura, de allí que hoy estas otras dimensiones posibles de censura para la opinión de las movilizaciones sociales de la protesta popular son realmente muy claves. Ante ello, no podemos seguir manejando como claves exclusivas de la censura las viejas claves tradicionales. En efecto, hoy es posible que un Gobierno manipule las nuevas estrategias de información y comunicación, y que con ello genere nuevas formas de censura —en algunos casos muy fuertes—. Nuestros instrumentos de salvaguarda de las instituciones democráticas y de los derechos humanos tienen que hacerse cargo de este desafío que también combina lo tradicional.

Muchas veces, se ve que los medios de comunicación insisten en ciertos temas, respaldados por el Estado. Esto provoca una sensación de que los debates que se pudieran generar deberían relacionarse únicamente con ese eje mediatizado, puesto que otras noticias no son de interés ni tomadas en cuenta. Frente a ello, ¿usted considera que el mismo Gobierno es quien va escribiendo la historia de su país y no los ciudadanos desligados de la política?

Aquí hay que evitar transferir un poder omnímodo a los medios de comunicación, incluso aquellos que respaldan a los Gobiernos. Por ejemplo, justo las nuevas TIC² habilitan que en las elecciones el manejo de las redes pueda ser tan o más eficaz que la manipulación de los medios de comunicación tradicionales. Un caso es el del presidente de Brasil, Jair Bolsonaro, quien ganó las elecciones nacionales, más que a partir de una manipulación a su favor de los medios de comunicación tradicionales, con un manejo extraordinariamente irresponsable, pero efectivo, eficaz y eficiente de las redes sociales. Incluso, eso lo sigue haciendo como gobernante. Una y otra vez arremete contra los medios de comunicación tradicionales. Generalmente, muchos de ellos son voceros de las posiciones más conservadoras, a lo que el presidente brasileño utiliza las redes como vía de comunicación y construcción de

2 TIC es la sigla de tecnologías de la información y la comunicación.



sus adherentes. Hoy, el manejo de las redes ha sido muy impactante por estas nuevas alternativas. Eso hace que el poder tradicional de los medios de comunicación hoy esté desafiado por otro poder, que genera este manejo —muchas veces, absolutamente irresponsable— de estas nuevas estrategias de manipulación de las redes sociales, tal como los *trolls*, la idea de divulgar mentiras, relatos tendenciosos, agraviar a personas, tratar de destruir trayectorias y saberes personales. Bueno, muchas veces, eso no se canaliza a través de los medios de comunicación tradicionales. En algunos casos, se sigue haciendo, pero hoy está esta nueva instancia de pleito, que son las redes, en donde movimientos y personajes de derecha y autoritarios, como también de izquierda y autoritarios —hablábamos del ejemplo cubano—, utilizan estas redes con consecuencias claramente antidemocráticas de manejo autoritario y manipulación. Por eso, vuelvo a insistir en la idea de que nuestra mirada con respecto a la salvaguarda de los derechos individuales, en particular de los derechos de asociación de libre comunicación —hoy, además de enfocarse en los medios de comunicación, esa preocupación debe permanecer—, tienen que estar centrados en estas otras nuevas tecnologías de la información y la comunicación que, en algunos casos, pueden ser incluso hasta más letales en las perspectivas antidemocráticas que los manejos tradicionales de comunicación.

En el caso de Latinoamérica, se han cerciorado dictaduras e interés por querer defender la democracia. Esa dinámica de factores ambivalentes ha producido que se asuma una posición conservadora en muchos de los ciudadanos, en la que ser un espectador es lo más conveniente y menos comprometedor. Asimismo, en el decurso de la historia, se ha apreciado cómo ciertos políticos cambian de posición, como si su identidad se tratara de un disfraz o una simulación. Lo mismo se ha apreciado en la prensa. Ante ello, ¿esa inestabilidad política que adoptan los mismos funcionarios se orienta más a respaldar sus intereses que el progreso del país?

Bueno, estamos viendo siempre esa dualidad. Históricamente, es tradicional en la política en términos de balance de ideas, intereses, roles públicos y defensa de situaciones absolutamente personales. Ese es un balance tradicional para toda política. Sin embargo, también debemos decir que hoy no solamente en América Latina, sino en buena parte del mundo, “corren” tiempos adversos para la gestión pública y la dirigencia política. Hoy, existen las instituciones clásicas de la democracia. Allí están las mediciones de varias organizaciones, como el Latinobarómetro³, que indican un desprestigio muy grande de instituciones que son indispensables para un buen funcionamiento democrático, que se conforman por los partidos políticos, el Parlamento y las organizaciones sociales. Al mismo tiempo, están estableciendo un incremento de la popularidad de otras instituciones que tradicionalmente no han sido pilares de un funcionamiento democrático de nuestras sociedades. Me estoy refiriendo a las fuerzas políticas, las Fuerzas Armadas, las iglesias neopentecostales; incluso, estoy hablando de ciertas instancias de poder

3 El Latinobarómetro es una organización chilena sin fines de lucro que se enfoca en sondear apreciaciones específicas de la sociedad latinoamericana.



que no han estado siempre a favor de la consolidación democrática, como los medios de comunicación tradicionales. Esta alteración de la valoración cuando se refiere a instituciones con bastante peso en la clave democrática genera un nuevo ciudadano, un ciudadano receloso de las instituciones y la participación, un ciudadano descontento, y muchas veces con tropismos de descontento muy inestables, pero que tienden en su mayoría a orientarse hacia el que gobierne. También, están generando una retracción de muchos ciudadanos para el ejercicio de la vida política. A esto, también le sumamos el impacto enorme de los fenómenos de corrupción en América Latina, con toda su consecuencia en términos de una devaluación de los valores de la función pública, más la idea de que todos los dirigentes políticos tienen ejercicio de corrupción. Bueno, las consecuencias de ello para legitimar la acción política son enormes. Por ello, eso plantea problemas severos. No es la única explicación, pero esto tiene que ver con procesos que no son previsibles y que, sin embargo, están “estallando” a nuestras sociedades. Un ejemplo de ello es la gran movilización popular que se desarrolló en octubre de 2019 en Chile, y que hasta este momento está teniendo una canalización institucional a través de una reforma de la Constitución por medio de una convención paritaria. Bueno, eso es un caso que hasta ahora plantea, primero, la imprevisión de estallidos populares. El Gobierno chileno de Sebastián Piñera pensaba que estaba todo tranquilo; no obstante, ese estallido popular no fue canalizado por las instituciones políticas de la oposición. Fue un estallido básicamente impulsado por organizaciones sociales, de origen popular. Y sus demandas eran muy claves y muy claras: eran demandas de sensatez. Bueno, esto está revelando que muchas veces las instituciones que pensamos como aquellas que resguardaban un funcionamiento democrático se han quedado obsoletas. Al respecto, el historiador Pierre Rosanvallon habla sobre la necesidad —en tiempos de una profunda crisis de representación y confianza— de generar nuevos instrumentos que caracteriza como “contrademocracia” para resguardar los valores democráticos. En la perspectiva de Rosanvallon, la contrademocracia no es lo opuesto a la democracia, sino que consiste justamente en la necesidad de crear instituciones, instancias y procedimientos de rendición de cuentas, de plataformas para debatir asuntos que son postergados, de resguardo de derechos que son conculcados en formas muchas veces silenciosas, pero profundas, como son los derechos bioambientales, donde las vías clásicas de representación ya no funcionan en muchos casos. La constatación de estos procesos y fenómenos están bien llamados —en imperativo— a construir nueva constitucionalidad democrática, que pueda hacerse cargo de estas nuevas realidades del siglo XXI.

Ante lo mencionado, un ciudadano que no tiene ningún vínculo con alguna entidad del Estado se somete a no participar directamente en lo que ocurre en lo político. Frente a ello, ¿qué tanto puede afectar al país este tipo de exclusiones y favoritismos?

Bueno, no hay peor exclusión que la autoexclusión. No hay peor censura que la autocensura. Cuando observamos instituciones democráticas que no están funcionando y que de alguna manera generan descontento e insatisfacción en



los ciudadanos con la consecuencia más o menos directa de una retracción de la participación de estos ciudadanos descontentos en las instancias políticas, estamos ante un problema enorme, porque no hay efectivamente instrumentos de participación viables cuando el ciudadano descrea de la política. La expansión de la antipolítica tiene múltiples consecuencias. Una de ellas es la demanda de que se vayan todos —y la hemos sentido en varias oportunidades en la historia de América Latina—. La vimos en Argentina en el 2001. Esas instancias de descontento torrencial por parte de los ciudadanos de las formas clásicas de hacer la política son devastadoras para la legitimidad democrática. Frente a ello, hay que preservar instrumentos clásicos, pero también hay que reconocer nuevas demandas y nuevas formas de participación que ya no son canalizadas de manera correcta y profunda por las viejas instituciones. La democracia como sistema político proviene de una teoría —varias veces, milenaria—, cuyo núcleo fundamental es que un régimen democrático no se termina de construir nunca. Siempre está abierto y necesitado de nuevas instituciones, nuevos derechos y nuevos acuerdos. Por ello, estamos ante un momento que exige resignificación y recreación de las formas democráticas. ¿En dónde? Por un lado, vemos “bombardearse” la legitimidad de viejas prácticas democráticas, pero, al mismo tiempo, vemos el imperativo de la necesidad de incorporar nuevas prácticas democráticas. Entonces, en ese balance complejo, hay que combinar convicción —con respecto a los ciclos conceptuales clásicos de lo que llamamos democracia— y creatividad —para originar nuevos ciclos conceptuales que verdaderamente generen la participación del ciudadano—. Son desafíos muy grandes. Pero, si los vemos con una mirada más larga, en clave histórica, la vida de la democracia siempre estuvo enfrentada con esas tensiones. Hoy, tal vez, como es nuestro tiempo, lo podemos ver con una preocupación más especial. No obstante, estas tensiones han sido inherentes a todo proceso democrático en la historia larga.

Para usted, ¿conviene mejor no esperar nada de la política?

Bueno, yo creo que la antipolítica —que muchas veces se sustenta en esto de que no se debe esperar nada de la política y los políticos—, por lo general, termina mal. Origina rumbos equivocados. Por eso, estamos viendo que muchos regímenes autoritarios —de un modo u otro, con estas u otras características— justamente tienden a establecer la sabiduría convencional de que no se puede esperar nada de la política y los políticos. Yo creo que la antipolítica es extraordinariamente riesgosa y, en su mayoría, marca el prólogo de los autoritarismos, porque, si no se puede esperar nada de los políticos ni de los partidos, ¿quién ocupa ese vacío? Muchas veces, en América Latina, lo han ocupado las Fuerzas Militares, las Fuerzas Armadas o, de manera más o menos indirecta, las organizaciones de poder económico, el narcotráfico o, incluso, el empoderamiento de estas iglesias neopentecostales que tienen muchísimo dinero. Por eso, creo que detrás del camino de la antipolítica no se va hacia situaciones meramente democráticas. En ese sentido, la antipolítica me parece mucho más el soporte de regímenes autoritarios, populistas o que buscan precisamente administrar esos descontentos para intereses corporativos o de ciertos liderazgos. Primero, se debe entender lo que está pasando, antes de



introducirse a las dimensiones, más propiamente normativas, de qué es lo que debe ser una democracia, de cómo resguardar los pilares fundamentales del funcionamiento democrático en una sociedad. Bueno, hay que entender lo que ocurre. Y en América Latina están sucediendo cosas realmente muy fuertes. Debe considerarse que se trata del continente más desigual del planeta. Ha sido el epicentro de impacto de la pandemia actual⁴, tanto en términos sanitarios como en términos económicos y sociales. América Latina tiene problemas de sustentabilidad bioambiental gigantescos, con países que cuentan con mayor riqueza a nivel mundial, en cuestión de recursos naturales. América Latina es un continente violento, muy violento. Es un continente muy violento, sin la necesidad de tener guerras interestatales. Ante ello, no creo, en modo alguno, que reforzar la antipolítica nos lleve a buenos puertos, para nada. Asumo que es un camino que, tarde o temprano, desemboca en regímenes más autoritarios, corruptos y de menor participación ciudadana. Y eso plantea el desafío gigantesco, pero absolutamente insoslayable, de reconstruir una política legítima, una democracia que realmente sea legitimada por los ciudadanos.

¿Considera que los modelos históricos y políticos en Latinoamérica son réplicas tardías y tergiversadas de lo que acontece siempre en Estados Unidos u Occidente?

Bueno, en la historia larga de América Latina, hemos tenido mucho de eso. Han existido plagios a las Constituciones norteamericanas y europeas, así como a la función institucional de grandes teóricos de estas nacionalidades. Ha habido mucho de eso. Incluso, se han visto copias acrílicas, y los ejemplos son múltiples. Pero también América Latina ha tenido creatividad propia. Néstor García Canclini dice que el genio de la mezcla es el gran patrimonio cultural de América Latina. Y yo creo que esa es una idea fuerte, en el sentido de que nuestro continente ha incorporado muchas veces ideas, valores, formas culturales de Estados Unidos y Europa. Lo ha hecho mezclándolos con elementos de su propia cultura y su referencia histórica. Cuando lo ha efectuado así, y bien, ha llevado a la genialidad de la mezcla como atributo particular de la cultura latinoamericana. Por ejemplo, el Barroco latinoamericano no es una simple copia del Barroco europeo: es una construcción nueva, en donde se toman ciertas claves, pero se le agregan otras. Bien, en política, esto no siempre ha ocurrido así. Por ejemplo, nosotros vemos la translación de prácticas, ideas o instituciones que fueron pensadas para otros contextos y realidades. En el caso de América Latina, son aplicados en contextos totalmente diferentes. Si vemos la Constitución haitiana, nos percatamos de que incorpora referencias claves de la teoría constitucional más contemporánea. Ahora, ¿qué efectos reales ha tenido la aplicación de esa Constitución en la realidad haitiana de las últimas décadas? Lamentablemente, son pocos. Entonces, no se trata de rechazar todo lo que proviene de afuera. América Latina es Occidente. Hoy más que nunca tiene que estar en el mundo y enriquecerse de debates que son globales. No tiene que replegarse sobre sí misma y rechazar lo foráneo. Eso

4 Se hace referencia a la pandemia de COVID-19.



sería una práctica —además de ruin y empobrecedora— imposible e inviable en este mundo de globalismo extremo. Lo que se tiene que hacer es insistir en esa genialidad de la mezcla. Debe incorporar elementos de otros orígenes, tales como ideas, valores, cultura e instituciones, y asociarlos con valores propios —nunca aplicar sin una adaptación flexible—. Bueno, esto vale para la política, pero también para la economía, la organización social, la cultura, las grandes transiciones tecnológicas y los imperativos medioambientales. Estamos en una aldea global, y —entre otras cosas— tenemos que inscribir nuestros debates y asuntos dentro de esa escala global y asumir los debates contemporáneos del mundo, pero sin copiar ni abrirnos a una aplicación sin adaptación. Eso ha sido un camino infértil en muchos momentos de la historia latinoamericana: el copiar sin adaptar, el evitar la síntesis superadora de lo que viene de afuera y lo que se construye desde adentro.

Para terminar esta entrevista, quiero plantearle una pregunta más. ¿Usted cree que el tema sociopolítico forma parte de las decisiones de la Academia Nacional de Letras de Uruguay para seleccionar el lenguaje y la literatura que deben ser valorados en su país?

Bueno, lo primero que hay que decir es que, entre los roles, las competencias y los objetivos de la Academia Nacional de Letras de Uruguay, no está seleccionar ni el lenguaje ni la literatura que deben prevalecer en nuestro país. Este no es el cometido de ninguna Academia de Letras en ninguna parte del mundo. Lo que una Academia debe hacer es justamente registrar los usos públicos de la lengua y estimular una visión crítica sobre los mismos, y una promoción absolutamente abierta, no manipuladora de sus riquezas. Todas las prácticas históricas que han buscado disciplinar el lenguaje han terminado muy mal. Todas las prácticas que han buscado formas más o menos indirectas de seleccionar un canon rígido, en materia literaria o cultural, han terminado mal. Las Academias no pueden cometer ese error, y por cierto que garantizo que la Academia Nacional de Letras de Uruguay no lo hace. Hace cosas que creo que son más importantes, como promover un uso lo más amplio y crítico posible del lenguaje, no desde un canon de lo correcto, sino desde un canon que lo primero que incorpora es el lenguaje como un objeto de estudio que es extraordinariamente importante. Cuando estudiamos el lenguaje y el idioma —ambos no son lo mismo—, obviamente nos percatamos de que los dos tienen que ver con el poder. Cuando se deteriora el idioma, quienes sufren son los sectores más desfavorecidos, quienes justamente tienen el recurso de la palabra como un recurso para apelar derechos. De allí, se conoce que los objetivos de las Academias son más amplios y complejos. Nunca estarán vinculados con dictar nada que utilice el poder intelectual para dictar lo que se debe hacer y lo que no, lo que es políticamente correcto y lo que no lo es. Con respecto a los diccionarios, hay que perder esta idea peregrina de que estos definen de manera canónica e irrefutable el significado de las palabras. Basta ver en la página web de la Real Academia Española cómo la historia de los diccionarios de la lengua, el contenido de las palabras y sus significaciones cambian permanentemente. Entonces, en verdad, la Academia tiene que rediscutir constantemente cuáles son sus roles en esta sociedad nueva. De



alguna manera, debe reconocer las dimensiones de poder político —también cultural y hasta social— de sus prácticas, pero al mismo tiempo tiene que hacerlo desde una perspectiva crítica, que evite tentaciones equívocas. Por ejemplo, muchas veces, cuando se producen fenómenos lingüísticos —que son vistos a veces de manera incorrecta, como errores o evoluciones desfavorables del idioma—, se le pide a la Academia, en cualquier país, que juegue un rol disciplinario para establecer desde el poder académico qué es lo que está bien y mal. Bueno, esa no es la función de una Academia Nacional de Letras. Esta no puede ser una policía del idioma; muchísimo menos, una policía de la buena literatura. Su rol es otro. En nuestra Academia, hay una confluencia de distintas disciplinas, en la que se encuentran lingüistas, narradores y críticos literarios, pero también hay ingenieros, arquitectos, historiadores del arte, juristas, historiadores —como en mi caso—, que además proyectan su quehacer en el campo de las ciencias sociales. Esa propia convergencia interdisciplinaria complejiza mucho los límites y los alcances del rol de la Academia. Frente a ello, yo creo que estamos en un momento de discusión esencial, en donde la Academia está en transformación, porque tiene una principal demanda que son las sociedades nuevas ante las que estamos. Por ello, es muy importante preguntarse sobre los límites y los alcances de una buena Academia Nacional de Letras de lo que debe hacer y lo que no.

Perfecto, señor Gerardo Caetano, usted ha respondido satisfactoriamente estas preguntas. Y, bueno, reitero mis agradecimientos por su colaboración y su tiempo.